

Algunos distractores sobre el cambio climático en la region tropical americana

Víctor Gabriel Carvajal Vega

*Escuela de Filosofía y Facultad de Economía, Universidad de Costa Rica
San Pedro de Montes de Oca - 11501-Costa Rica
victorgabriele@gmail.com*

Recibido 15 octubre 2015

Aceptado 14 marzo 2016

Abstract

Why are there still competitions that target the consolidation of understanding and phenomena comprehension? The answers, three as considered herein, are presented in the form of "distractors". First, the comprehension of the phenomenon of global warming as an marketable object. Second, focusing the understanding of climate change on the consequences and third, the separation of human experience and nature. Two of the latter mold up the current experience of humanity and one actually has to do with the experience in Latin America. As such, the three aspects hold up the effective actions against the phenomenon in Costa Rica.

Keywords

History, marketing, Latin America, perception.

Resumen

¿Por qué todavía existen concursos literarios que tienen por objetivos consolidar el entendimiento y conocimiento del fenómeno? Las respuestas se plantean en tres aspectos, llamados aquí "distractores": comprender el fenómeno del calentamiento global como un objeto inmóvil y mercadeable, enfocar la comprensión del cambio climático en sus consecuencias y la separación de la experiencia humana y la naturaleza. Dos de ellos moldean la experiencia de la humanidad actual y uno atañe directamente a la experiencia latinoamericana y, por consiguiente, los tres aspectos aletargan o retrasan las acciones efectivas contra el fenómeno en Costa Rica.

Palabras clave

Historia, mercantilizacion, Latinoamerica, percepción.



*Y recordé aquel viejo chiste:
aquel tipo que va al psiquiatra y le dice,
"doctor, mi hermano está loco, cree que es una gallina".
Y el psiquiatra le dice,
"¿y por qué no lo mete usted en un manicomio?"
Y el tipo le dice,
"lo haría, pero necesito los huevos".*

Woody Allen. Annie Hall

Recuerdo algunas lecciones de mi maestra de escolar; la encontraba preocupada por emprender su mejor esfuerzo y darse a entender sobre lo que creía que éramos en aquella época. La notaba particularmente segura cuando explicaba que el recurso hídrico era inagotable, a la vez que le notaba resignada cuando explicaba que éramos un país en eternas vías de desarrollo. Nosotros, siendo niños, tomábamos apuntes y no cuestionábamos, cómplices del cariño que sentíamos por ella; la obligación era anotar, la opción correcta era obedecer y el derecho que teníamos era aprender tales incuestionables.

Ahora, gracias a investigaciones posteriores, se sabe a cabalidad que el agua no es un recurso inagotable y que la condición de países en vías de desarrollo parece perdida en el tiempo. Ahora se habla de posibles conflictos bélicos por la escasez del agua y de un crecimiento económico sin aquel horizonte que era el desarrollo, al menos para un país como Costa Rica. Parece que algo cambió en el tiempo y lo que ayer era una verdad hoy parece carecer de quietud, excepto ser el mismo sujeto-niño receptor que ahora con barba tiene la obligación de anotar, la opción correcta de obedecer y el derecho de aprender nuevas verdades.

A la fecha, se deben haber realizado un buen número de esfuerzos académicos, investigaciones, publicaciones y debates sobre cambio climático. Y han aparecido convencidos que se disfrazan de alarmistas y negadores se visten de dogma. Hay quienes el dióxido de azufre y otros que argumentan que la responsabilidad del calentamiento la tienen los creadores de ganado; hay también quienes están pensando en colonizar planetas cercanos, mientras que otros están pensando en ser autosuficientes en algún rincón del planeta. Todos se enfrentan a un solo problema: las consecuencias inminentes del calentamiento global acelerado.

Ante tanta información que fluye (o se estanca) desde distintos criterios e intereses, no logro comprender el enfoque de la lección que este impartiendo la maestra de turno, sobre lo que somos o lo que tenemos a nuestra disposición. Sobre todo, no sé cuándo la maestra desarrolla su clase muestra la seguridad y resignación que mostraba la maestra en aquella época. Y para ser sincero, ya no deberá importar tanto, pues que el calentamiento global dejó desde hace algún tiempo de ser sospecha o precisión científica-política y ahora se constituye como el mayor desafío de la humanidad.

En el mismo sentido me siento confundido sobre la necesidad de escribir sobre el tema, dado que mi opinión estará fuera de comprobación científica, lejos de las

ventajas de la ética utilitarista y en absoluto desconfía de la esperanza religiosa; en suma, lo que expresare aquí apunta hacia la combinación que hará de ésta reflexión motivo de ser ignorado u odiado en la región y época que habito.

No obstante, lo anterior no desalienta en demasía hacer el ejercicio reflexivo, maxime que el presente ensayo intentará escapar de las ya desgastadas llamadas de atención sobre los temas inherentes al cambio climático. Incluso desde la óptica del escrito se podrá otorgar como irresuelto y terminado el debate antropogénico del fenómeno, puesto que las consecuencias del cambio climático son innegables y amenazan todas las actividades del ser humano, incluyendo la supervivencia de la especie.

Ahora bien, se entiende el cambio climático como una amenaza mundial que parece haber avanzado en consecuencias y manifestaciones con mayor rapidez que las respuestas consensuadas en debates científicos mundiales o en otros escenarios en los que se ha tratado el tema. En efecto, mientras se convence a grandes países e industrias sobre las consecuencias de los gases de efecto invernadero, tres huracanes categoría cuatro se forman en el océano Pacífico y alertan a los especialistas sobre el clima pues jamás se había registrado tal fenómeno. A la vez de que se duda sobre la sostenibilidad de utilizar combustibles fósiles, el fenómeno de El Niño y La Niña provocan sequías o lluvias torrenciales en lugares y momentos donde no eran en absoluto recurrentes.

Lo anterior no sería frustrante si las consecuencias directas y visibles las sufrieran países poderosos o distinguidos personajes contemporáneos; esto no quiere decir que se desea que quienes sufran las consecuencias evidentes del fenómeno sean los responsables del mayor impacto sobre el medio ambiente, sino que se piensa en que el problema puede adquirir una sensibilidad o interpelación diferente cuando el afectado es un ciudadano de primer mundo o sus instituciones que le representan. Es decir, no es lo mismo ante la sensibilidad mundial una inundación en la pulpería de don Arnoldo en las costas de Honduras que deja dos desaparecidos, que esa misma inundación (o incluso menor) en las costas españolas que interrumpe el discurso del Papa de turno.

Siguiendo con la misma lógica anterior, podría ser que para los vecinos de la pulpería de don Arnoldo no sea lo mismo la desaparición de sus semejantes que la pérdida de millones de vidas en Africa por no tener acceso al agua potable o alimentos. Luego, podría encontrarse la razón por la cual no se siente una afinidad simétrica y efectiva (más que discursos) con respecto a la preservación de las especies animales que no logran adaptarse a la aceleración que muestra el cambio climático, pues si no cuidamos de los que son propios de la especie, menos lo haremos con quienes hemos considerados como inferiores en la tradición del imaginario colectivo.

Entonces, si ya se sabe por evidencia empírica que la presencia y aceleración del cambio climático afecta seria y negativamente a la humanidad, ¿Por que los esfuerzos con respecto al tema evidencian un rezago? ¿Por que, pese a las campañas informativas existentes, se resuelve muy poco el problema? ¿Por qué todavía existen concursos literarios que tienen por objetivos consolidar el entendimiento y conocimiento del fenómeno? Las respuestas a esas interrogantes las encuentro en al menos tres aspectos, a los cuales les llamaré distractores. Dos de ellos moldean la experiencia de la humanidad actual y uno atañe directamente a la experiencia

latinoamericana y, por consiguiente, los tres aspectos aletargan o retrasan las acciones efectivas contra el fenómeno en Costa Rica.

El primer distractor es comprender el fenómeno del calentamiento global como un objeto inmovil y mercadeable. Este distractor, podrá a priori signicar una solución al problema dentro de la lógica de mercado imperante, que se muestra eficiente para satisfacer las necesidades a las que se enfrenta el ser humano, siempre y cuando se tengan los medios para pagar los costes de los productos que demandan sus necesidades. Sin embargo, esta respuesta mercantil parece ser cuando menos insuciente, absurda e inútil ante la magnitud del problema.

Es insuciente pues al convertirse un cambio en un objeto inmóvil se asume que el cambio esta completo o terminado, lo cual aleja de la comprensión del sujeto sobre el fenómeno en cuestión. Al ser un objeto comprendido puede manipularse en la experiencia humana, lo que quiere decir que el calentamiento global dentro de la lógica mercantil se encuentra resuelto para quienes hallan en el problema una necesidad insatisfecha. Por ello, es un mercado emergente y con buenas posibilidades de lucro, pero sin posibilidad de acabar con el problema pues en la realidad percibida su representación como objeto es incompleta y difusa.

La respuesta es también absurda, pues al realizar pagos sobre la huella de impacto ambiental el sujeto escapa de cualquier reflexión posterior que le acerque a sensibilizarse en sus acciones para con el planeta. Es decir, si existe la posibilidad de cuantificar un impacto y se tienen los medios que eximen con fugaz rapidez la responsabilidad, pagar el precio es la mejor opción. Entiendo que hay fórmulas y programas que calculan el impacto individual sobre el ambiente y esto no solo individualiza al extremo un problema colectivo mundial (colectivo extremo), sino que aleja a algunos ciudadanos de sentirse parte del problema. Nótese además que el escritor confía en que las cantidades cobradas sean las correctas y los dineros pagados sean utilizados para los fines conservacionistas y de mitigación, lo cual es cuando menos, discutible.

Es además útil perpetuar la necesidad que satisface a la manifestación del objeto, dar soluciones parciales y vender a precios altos las mercancías; podrían señalarse como uno de los mejores escenarios para un oferente que este dispuesto a mercantilizar el cambio climático. Y en tanto se le pueda convertir en objeto ajeno y amenazante a la experiencia humana podrán entrar más oferentes a la industria. Es por eso que hoy día cualquier marca puede declararse verde o conservacionista, aun cuando sus acciones sean altamente contaminantes, pues lo importante es satisfacer la demanda del objeto incompleto y difuso y, como tal, el discurso verde por sí solo vende.

El segundo distractor es enfocar la comprensión del cambio climático en sus consecuencias. Este distractor se vincula con la comprensión científica del fenómeno, pues en el intento se debe crear un objeto científicamente estudiable, el cual se espera comprender su comportamiento en un momento específico para después, si las condiciones se mantienen, predecir su comportamiento futuro.

Lo anterior quiere decir que el estudio del cambio climático corresponde a un compendio de experiencias que aparecen como comportamiento del fenómeno; esto es, aprehender y racionalizar lo que ha dejado por las observaciones y la rigurosidad

del método científico. Luego, se sabe que la comprensión del objeto en sí (el ser) como ejercicio científico es una imprecisión que se dejó atrás hace varios siglos por la constitución de la ciencia y por lo incomprensible e impreciso que se volvió tal método de conocimiento humano.

Hoy el cambio climático cuando menos desafía como fenómeno dinámico en sus consecuencias al quehacer científico, pues sus manifestaciones y consecuencias parecen ser más rápidas y amenazantes que la formulación de consensos, de observaciones y del no rechazo de hipótesis científicas por los expertos. Esto sin contar los desafíos propios del quehacer científico, como su instrumentalización que puede recrudecer el impacto ambiental; su alejamiento cognoscitivo de los sujetos que no hacen ciencia, pero que crean el problema que se investiga; o bien, la intromisión política y económica en su quehacer.

Luego, el cambio climático se puede entender como el principal desafío mundial, que deberá al menos llamar a la reflexión sobre las instituciones e imaginarios de la experiencia humana y su relación en el mundo que ha construido. Sobre todo esa reflexión se debe dar en los países occidentales, donde se ha configurado la idea de lo que somos (globalización), de lo que fuimos (insensatos) y de lo que deberemos ser (libres) como sujetos activos en la historia y miembros de una sola especie.

No obstante, los esfuerzos, los debates y las respuestas ejecutadas ante el desafío parecen ser insuficientes y frustrantes, pues no se logra contener ni comprender las consecuencias del fenómeno, ya que la forma de conocer actual parece ser rebasada por la magnitud del problema, lo que convierte irónicamente al conocimiento científico como un distractor de la comprensión del cambio climático.

El tercer distractor es propio de Latinoamérica, pero se instaura en nuestro entorno como herencia de las colonias europeas. Este representa un agravante más que impide tomar acciones concretas ante el desafío del cambio climático localmente. Este distractor es de carácter religioso y tiene que ver con la separación de la experiencia humana y la naturaleza, pues ese no es el camino debido ni correcto para llegar al objetivo último de la mayor parte de los habitantes de la región, a saber, la salvación y aceptación de un dios.

Lo anterior no quiere decir más que en Latinoamérica, seguimos comportándonos como sujetos medievales, condición derivada de la invasión europea al continente, donde se heredan sin contenido histórico las posiciones contra-reformistas de la iglesia católica, lo que nos deja la condición de ser sujeto pasivo ante la historia. Historia de la cual nadie se deberá de preocupar pues se sabe resuelta dependiendo de la fe religiosa y la interpretación de la voluntad divina revelada a la institución en la que se deposita la fe religiosa. Luego, ¿Para que preocuparse por un destino resuelto? Será la voluntad divina quien dicte cuando, quienes y como desapareceremos.

De este modo las preguntas relacionadas con la existencia socio-política del ser latinoamericano estarán siendo reducidas y justificadas mediante la fe religiosa y en función del cumplimiento de la tarea de la salvación y la obediencia. Por lo que preocuparse de forma agregada de desafíos mundanos solo podría retrasar y arriesgar la esperanza de una vida póstuma que promete ser mejor que el infortunio de pasar por este mundo lleno de pecado.

El distractor descrito resulta más que lamentable para la experiencia latinoamericana, pues a diferencia de los distractores globales, este imposibilita toda acción y el reconocimiento del sujeto como arquitecto de su historia. Es decir, bajo esas condiciones una sensibilidad latinoamericana que busque legitimidad en su ser, como expresión de investigación y disciplina de su conocimiento, parece muy lejos de realizarse y es precisamente lo que demanda el desafío del cambio climático en la actualidad.

Las características anteriores, son una breve y gruesa descripción de lo que representó la sensibilidad renacentista en los siglos XV y XVI en Europa y que signó el salto a la modernidad. Sin embargo, tal proceso llega a Latinoamérica como el renacimiento, interpretado por el cristianismo como volver a nacer para un dios, con una figura central apartada de la experiencia humana, como objeto enigmático y representante del único camino para llegar a la anhelada salvación.

Bajo esas condiciones, la naturaleza pasa a ser una suerte de expresión del mal necesario de ser/estar en el mundo, y a la cual no deberá de tomarse mayor importancia, pues la salvación no está aquí, sino allá donde no es necesario comprender y derrumbar desafíos humanos. Luego si esa expresión se torna en contra de la vida humana solo servirá para acrecentar la esperanza de una vida mejor después de la muerte, o bien en la expresión inequívoca de la furia en contra de la desobediencia comunal, argumento replicado una y cientos de veces después de un movimiento telúrico en Costa Rica.

Así el cambio climático exige mucho más que estudios y debates, demanda una reflexión filosófica abandonada desde el siglo XIX en el primer mundo y nunca experimentada por Latinoamérica, pues la dimensión del fenómeno ha derribado lo que se había cimentado (aunque la ciencia ha sido cuestionada anteriormente) como el camino de la racionalidad humana para comprender su entorno y facilitar la continuidad de la vida.

Respecto a Latinoamérica el cambio climático no tiene por qué significar menos de lo que significa para el resto del mundo, máxime que por las condiciones socio-económicas y geopolíticas somos y seremos muy afectados por las consecuencias del fenómeno, por lo cual se debe crear una sensibilidad diferente que permita al latinoamericano renacer sin que esto, quizá, signifique un desprendimiento total de su fe religiosa cristiana, sino más bien una suerte de empoderamiento que le acerque a sus raíces, donde la naturaleza era expresión afectiva de su vida y sus dioses, eso antes de la invasión ibérica.

Acabar con la pasividad en la historia no es un proceso rápido ni fácil. A Europa le tomó más de mil años materializar los inicios de esa sensibilidad, que prometía cambiar su forma de saberse en el mundo y enfrentar los desafíos de su época. Hoy encuentro en Latinoamérica la esperanza de cambio, pues no se goza de las mieles que prometa el desarrollo que nunca llegó y que resignaba a mi maestra escolar. Sin embargo, la expresión del desarrollo económico sí llegó como externalidad negativa y no asumida por los responsables, ahora sí es notable la destrucción y las consecuencias que llevaron a repensar el recurso hídrico como agotable.

La promesa material irresuelta y el empobrecimiento de los recursos naturales deberán acelerar el proceso de sensibilización latinoamericana, en correspondencia a la aceleración del calentamiento y las consecuencias del cambio climático. Deberá ser

nuestro deber defender lo poco que tenemos y lo que nos podrán despojar nuevamente. De esta forma podríamos aprovechar la desventura de habernos quedado atrapados e inmóviles de alguna manera en el tiempo, sin saber quienes éramos y que hacamos, excepto siendo tercermundistas esperanzados en que la historia y el destino traerá algo nuevo y mejor para nosotros.